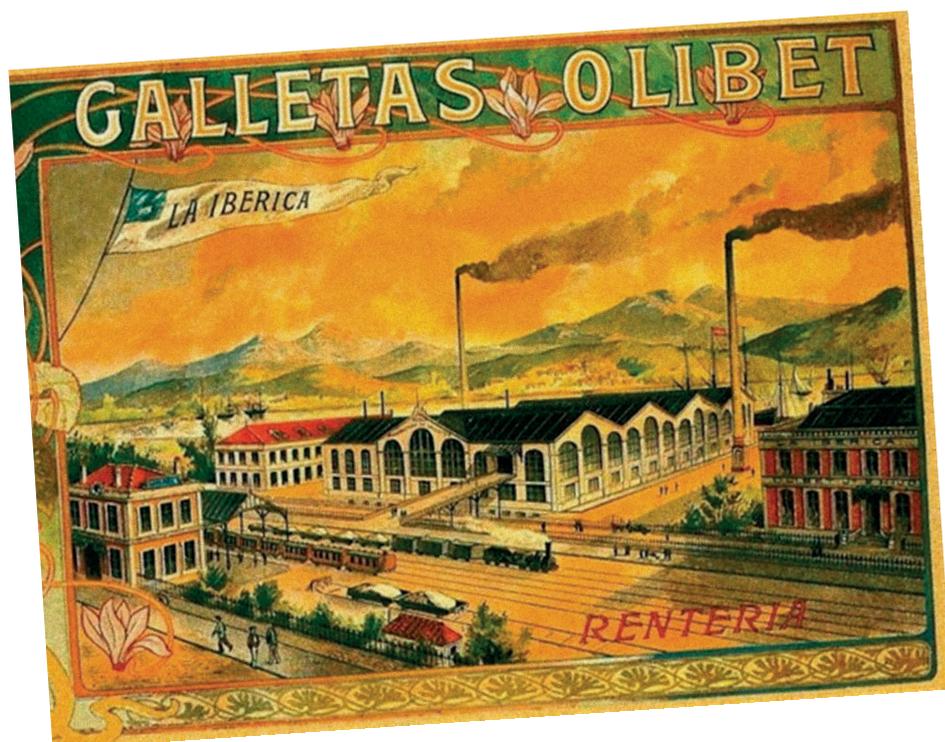


Lo diré todo: ¡galletas Olibet!

Maite Ruiz de Azúa

Una magdalena fue la que desató en Marcel Proust la evocación de un intenso momento que le transportaría a su infancia, en casa de la tía Leonie, impresión que fue el comienzo de la materialización de todo su pasado en su presente, revelación que venció la línea del tiempo y que dio paso a su gran obra *En busca del tiempo perdido*.



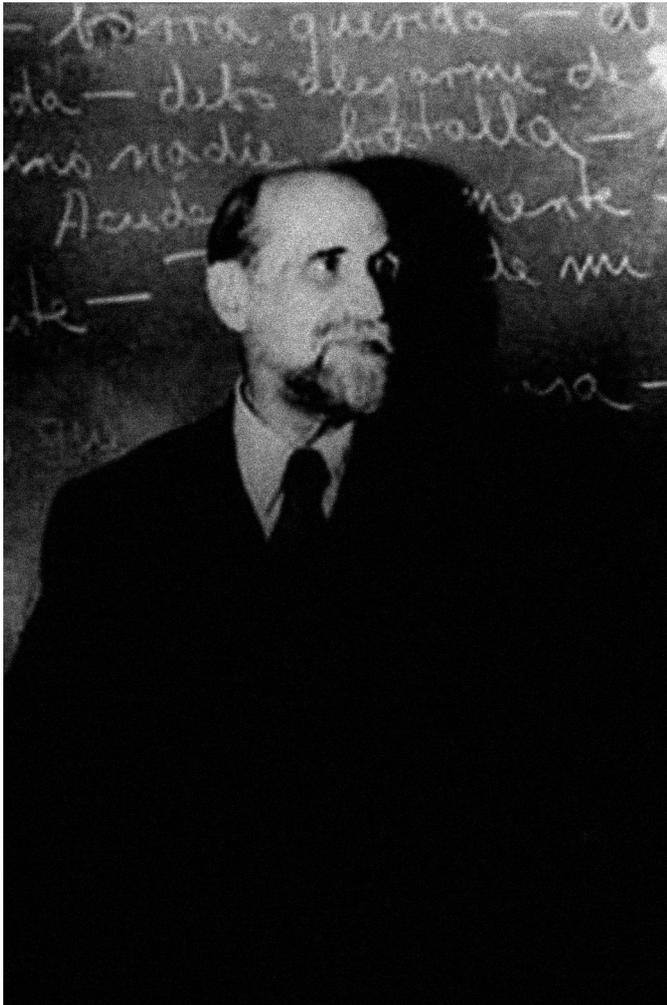
Pero Proust era francés, su historia arranca en Cambridge y, como ya he dicho, la clave estuvo en una magdalena.

Un olor, un sabor, el recuerdo de un tiempo... estos ingredientes nos llevaron a pensar en la magia que también pudo poseer nuestra galleta Olibet, por lo que nos propusimos seguir su rastro literario, para descubrir, con sorpresa, que es mucho más proustiana y literaria de lo que imaginábamos.

Comenzaremos nuestro recorrido hablando del universal poeta Juan Ramón Jiménez, quien, aficionado a las galletas Olibet, en su exilio las recordaba con un tono nostálgico, casi mítico. Así, durante la estancia

del poeta en Washington, su esposa Zenobia Cambrubí escribía una carta a Juan Guerrero Ruiz, con fecha de 15 de junio de 1945, en la que le solicitaba el envío de algunas de las pertenencias que habían tenido que dejar en España. Entre retratos de familia, objetos de plata, manuscritos y ediciones corregidas de las obras de Juan Ramón, Zenobia también le hacía la siguiente petición: **"Unas galletas «María» de Olibet para J. R. serían la gran sorpresa, porque siempre está hablando de ellas como cosas legendarias e inasequibles"**.

Otro creador andaluz universal que también hace referencia a este mismo producto, y asimismo en relación a la evocación de tiempos pasados, es Pablo Ruiz



Juan Ramón Jiménez en una de sus clases en la Universidad de Maryland hacia 1945.

Picasso. Su amigo Jaume Sabartés cuenta en la biografía que escribió sobre el pintor, que una vez a los setenta años de edad, viendo a un niño cómo aprendía a caminar, Picasso comentó lo siguiente: «**Aprendí a caminar empujando una lata de galletas *Olibet* porque sabía lo que contenía**» e insistió en la importancia de sus motivos, orgulloso de su ingenio a tan tierna edad. Esta apreciación temprana de la forma geométrica simple, combinada con el interés por lo que está oculto en el interior, resulta sumamente adecuada en el futuro inventor del Cubismo. En un sentido visual, la memoria de Picasso permaneció extraordinariamente clara en lo relativo a cosas importantes y precisaba que la lata tenía al menos cincuenta centímetros de alto.

No fue solamente el pequeño Picasso el que buscó otra utilidad práctica a la caja de galletas Olibet. Un siglo después, en 1897, *Repertorio*, la revista de teatro de la Universidad Autónoma de Querétaro (México), recoge la siguiente sugerencia: “G. Baty dice: ¡Si se nos conceden nuevos aparatos eléctricos y nueva maquinaria, tanto mejor! Si no, me río de ellas. **Cuando no se tiene proyector se coge una caja de galletas *Olibet*.** Cuando no se tienen baterías coloreadas, se cuelgan hojas de celofán con alfileres de la ropa. El director de escena debe saber trabajar en la pobreza en que se encuentre”.

Pero volviendo al pintor malagueño, el escritor Antonio Martínez Cerezo recrea la mencionada anécdota acerca de Picasso y las galletas Olibet, introduciéndola en la novela *El otoño de una primavera*, al tiempo que le adjudica un sentido totalmente proustiano:

“La hija mayor de la coneja, Amarita, chica lista como rata que a gato escapa, pasa junto a nosotros con *una caja de hojalata*; con dulce voz avisa: «Ya mismo viene mi madre con lo suyo de ustedes» y sale al filo de la entrada a echar *serrín* y poner un saco donde puedan los que entran res-tregarse el agua y el barro.

La muchacha pone a la altura de mi exaltada vista la lata

-“Olibet”- leo en voz alta.

Aprieto la caja, la golpeo con las manos. El sonido me resulta sumamente familiar. Agradezco a Amarita su gentileza. Pintarla a ella me compensará de pintar al resto de la familia. Sabes, yo aprendí a andar empujando una lata de esas. El olor de las galletas movía mis piernas. Concluyo que el *olor de las galletas estimulaba en mí* el deseo de cogerlas; al ir a cogerlas, empujaba torpemente la lata; al empujar la lata, ésta se separaba de mí; la separación me obligaba a dar un paso, un nuevo *paso*, cada vez un *paso* más: así aprendí a andar.

Esa caja de galletas «*Olibet*» ha sido para mí una revelación. Al olerla no he olido a *serrín*, sino a lo que en su día debió contener: *galletas*, que qui-



El dramaturgo Pedro Muñoz Seca —sentado el segundo por la derecha— con unos amigos en la terraza del Guría en San Sebastián, jugando a cartas, 1928. Foto: Pascual Marín. Kutxateka.

zá fueron para Amarita sustitutivo de la teta. Al tocarla, no he tocado los bollos y herrumbre actuales, sino la tersura de aquella otra que se aparece vagamente a mi memoria como litografiada. A menudo me ocurre ver, oler, tocar, palpar, oír, saborear algo que traslada de inmediato mis memorias (las memorias son cuando menos cinco) al inasible universo de la infancia”.

Otra mención de la marca *Olibet* la encontramos en la obra *Los planes del abuelo*, del dramaturgo Pedro Muñoz Seca, comedia estrenada el 16 de noviembre de 1921 en el Teatro rey Alfonso de Madrid.

Muñoz Seca, asiduo veraneante en San Sebastián, llegó a estrenar una decena de obras en el teatro Victoria Eugenia. La obra *Los planes del abuelo* está ambientada en esta ciudad, en el mes de agosto, en torno a ese mismo comienzo de los años 20, y presenta en escena la terraza del Hotel Mundial, un hotel de gran lujo, que se supone enclavado al final del paseo de la Concha. Como telón de una perspectiva, que abarca parte

de la isla de Santa Clara y un trozo del Monte Urgull, con su castillo allá arriba, y abajo, el paseo, orgullo de los donostiarros. En una de las escenas presenta a los personajes refiriéndose a uno de los planes habituales de los veraneantes: acudir a Errenteria a adquirir productos de la fábrica de Olibet.

(De izquierda a derecha atraviesan la escena Mario y Fraile. **Mario trae una cajita de galletas “Olibet”**).

Fraile- ¿Entonces has ido en “auto” hasta Rentería?

Mario.- Hasta la fábrica de galletas, y aquí le traigo lo que me encargó.

Fraile. — Te habrán convidado allí, ¿no?

Mario. — Mire usted, me he puesto de galletas “María” que voy a tener un cólico. Con decirle a usted que *acabo de encontrarme* a María la lavan-

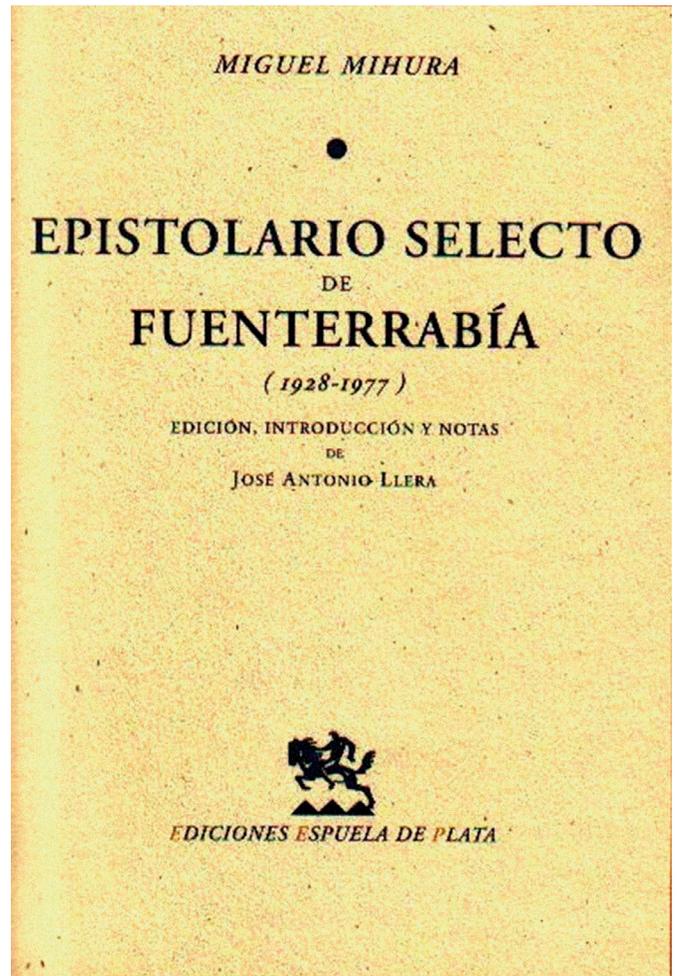
dera y le he dicho: Adiós, Sinforosa, porque hasta el decir María me repugnaba." (Se van por la derecha).

Muñoz Seca no será el único dramaturgo que tiene en mente la galleta Olibet, también Miguel Mihura, la cita en el *Epistolario selecto de Fuenterrabía (1928-1977)*, en concreto en una carta dirigida al también genio de la escena Enrique Jardiel Poncela, con quien llegó a colaborar en alguna comedia. Sin embargo, al parecer la relación entre ambos no fue siempre igual de cordial y un buen día de 1928 Jardiel Poncela se sienta en una silla, coge su estilográfica y escribe a su colega: «Desde hace muchos meses, más de dos años, vienes utilizando para tus cuentos y artículos todos aquellos trucos, desplantes, equivalencias, resortes, comparaciones, hipérbolos, incongruencias y juegos de ingenio que yo inventé para mis artículos y mis cuentos. La influencia en literatura es lícita, yo he influido en alguno que otro, lo que ya no es lícito es el plagio. El plagio en este caso es tan patente que cuando tú comenzabas a publicar mucha gente me preguntó si era yo quien lo hacía con seudónimo».

Acto seguido Miguel Mihura le replicará de la siguiente manera: "Si yo puse en mis cuentos *diálogos ingleses en camelo*, tú pusiste en tus cuentos, en camelo, diálogos ingleses. Hasta las **galletas Olibet** y las sardinas marca Curbera te han valido para probarme tu tesón. Y no es que yo tenga el privilegio ni de Curbera ni de **Olibet**, es que tu persecución furiosa ha llegado hasta las sardinas y las galletas".

Saltamos al año 1936, precisamente al 18 de julio, jornada en la que estalla la Guerra Civil, episodio que Mariano Estornés Lasa recoge en un *Diario*, escrito en 1965.

Al parecer, aquella noche del 18 de julio la plana mayor del nacionalismo en Guipúzcoa se reunió en su casa de la calle Legazpi 5, a pocos metros del Gobierno Civil de la calle Oquendo, fue entonces cuando el Partido Nacionalista Vasco adopta su polémica decisión respecto a la guerra que se inicia. En situación tan delicada, unos vasos de jerez y una lata de galletas Olibet, fueron las vituallas que acompañaron en tal difícil resolución, y de tal manera lo narra el escritor navarro:



"Serían las 11 de la noche de aquel 18 de julio. Yo había llegado a Isaba el día 11, sin quedarme al Tributo de las Tres Vacas del día 13. Mis primas se extrañaban que no me quedara pues sabían que era de los que no faltaban a esa cita en Ernaz. Pero yo tenía no sé qué presentimiento, confirmado al llegar a Pamplona en la Roncalesa. En los urinarios públicos de la estación de autobuses las pinturas cubrían las paredes. Predominando los "Muera la República!". La Falange y el Carlismo estaban allí sin temer a represalias. Esto me alarmó. No comprendía que se insultara al Régimen que había surgido triunfante de unas elecciones libres. Alarmado, pues, tomé la Roncalesa y me presenté en casa, Legazpi, 5-1º, San Sebastián.

Como decía, ese día 18, hacia las once de la noche, después de cenar, llamaron a la puerta. Abrimos, sin más. Nuestra sorpresa fue grande al ver la calidad de los que buscaban un "asilo para pasar la noche". Allí estaban la plana mayor del nacionalismo en Guipuz-



Mariano Estornés Lasa.

coa: Manuel de Irujo, José María Lasarte, Telesforo de Monzón, Ander Arcelus, Justo Antoñanzas, que los traía, de S(olidaridad) O(breros) Vascos, vivía en la misma casa, como Pelayo Azcona, presidente de Soli. También en los pisos altos vivía la familia Múgica Herzog con chicos de poca edad.

Nuestra exclamación fue espontánea "A buen sitio venís. Nos llevarán a todos juntos". Advierto que en nuestro piso funcionaba la Academia Estornés Ikastetxea, con un letrero de siete metros en el balcón. También era la sede de Beñat Idaztiak, con publicaciones muy conocidas como el Mapa de Euskadi - *Vasconia*, *Historia del País Vasko* de mi hermano Bernardo y la colección Zabalkundea que iba en el tomo número 20 *Castillos Medievales de Navarra* de Julio Altadill.

Los visitantes se instalaron en el comedor. **La amandera Eleuteria Lasa puso en la mesa una gran lata de galletas Olibet, una botella de Jerez y vasos.** Los

reunidos apenas probaron nada. Don Manuel no cesaba de hacer llamadas telefónicas. Don Telesforo, joven nervioso de porte distinguido se sentaba en el borde de la mesa. El comedor, de estilo vasco, aún se conserva. Nosotros les dejamos a sus anchas. Podían analizar tranquilamente la índole de los acontecimientos (...):"

Continuamos nuestro recorrido con Manuel de la Sota, escritor vizcaíno nacido en 1897 y militante en el nacionalismo vasco, desarrolló sus aptitudes creativas impulsando, con otros colaboradores, la labor teatral propagandística de la organización. En 1937 marcha al exilio, donde continúa su labor de apoyo al Gobierno Vasco, acompañando al equipo de fútbol Euzkadi y al grupo Eresoinka. Su estancia en Nueva York, desde 1940 hasta 1946, en la delegación vasca, le lleva a escribir en 1949 *Yanqui Hisrsutus: pequeñas conversaciones sin importancia sobre los habitantes del nuevo mundo anglosajón*. Es en esta novela donde hace una referencia a la galleta producida en Errenteria: "En el pequeño comedor, que también servía para recibir visitas, había visillos y cubiertas de almohadón elaborados a ganchillo, alfombras de estera, lámparas con pantallas de pompones, mesillas de tres patas cargadas de souvenirs fabricados con conchas marinas, y un piano arrinconado que parecía un ballenato. En las paredes, el "Ángelus" de Millet, una odalisca de Gustavo Doré, y un **calendario representando unos niños que iban muy contentos a la escuela porque comían galletas Olibet.**"

La publicación *Papeles y Memorias: medio siglo de relaciones Iglesia-Estado en España 1936-1986* de Jesús Iribarren recoge el recuerdo del sacerdote Serafín Ascasubi, a quien conoció el autor cuando era niño, puesto que se conocieron en Legutiano, población de la cual ambos eran oriundos:

"El párroco don Serafín Ascasubi, doctor en derecho canónico (ja principios de siglo) era muy amigo de casa, me enseñó bien el solfeo, por el método Eslava. Carlista (...), Don Serafín predicaba un domingo en vasco y otro en castellano: sus sermones tomaban inicio en el evangelio, pero infaliblemente terminaban en anatemas contra los liberales o gritos contra los bizcaitarras. Era piadoso, abnegado, irritable, emprendedor, manirroto y su caridad nunca hizo distinciones

entre amigos y adversarios: los gritos del púlpito indicaban dónde estaba su ideal, pero liberales o bizcaïtarras sabían dónde estaba su corazón. (...) Tenía dos hermanas, Petra y Carmen, una sosa y otra dulce; pero ambas daban galletas a los chicos. **Lo diré todo: ¡galletas Olibet!**"

Otro autor al que queremos citar es Julián del Valle, nacido en Bilbao en 1896, promotor teatral y cinematográfico, que realizó también la labor de cronista de la vida bilbaína. En *Mi calle: el Bilbao de principios de siglo visto desde Carnicería Vieja* (1968), describe a distintos vecinos del casco viejo bilbaíno, entre ellos a Don Andrés Martín "el Untosito", al frente de una tienda de ultramarinos, de quien recuerda: **"Me obsequiaba con una estupenda merienda a base de chocolate "hecho", mermelada inglesa y galletas "María" de Olibet.** Se reía cuando le contaba las travesuras en el colegio y la calle".

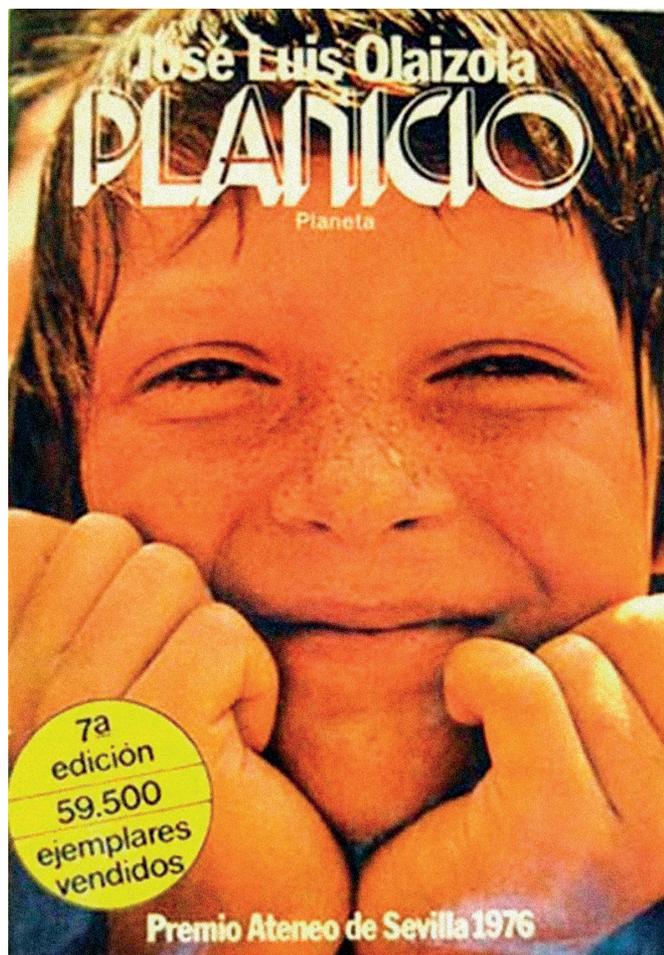
Regresamos con la fábrica Olibet a Errenteria, marca que siempre fue una seña de identidad tanto para los

integrantes de la villa como para los foráneos, y así lo contaba José Ramón Recalde, el que fuera consejero del Gobierno Vasco, en una entrevista que le hizo María Antonia Iglesias para el libro *Memoria de Euskadi: la terapia para la verdad, todos lo cuentan todo*: "El pueblo con el que me siento más ligado, aparte de San Sebastián, es Rentería, porque de allí eran mi padre, mis abuelos... Rentería era un pueblecito que en 1939 debía tener 7.000 habitantes. **Era un pueblo muy vasco, al tiempo industrial, galletero, porque fabricaba las galletas Oliver (sic), que son los que inventaron la galleta María** que, por error, por disparate de los que llevaban la empresa no la patentaron, no la protegieron... Eso nos fastidió a los que somos de Rentería de adopción, o sea, San Sebastián y Rentería, que nada tiene que ver con la Rentería de ahora. Recuerdo Rentería como algo muy simpático. Íbamos a casa de mi tío, que era bastante mayor que mi padre; las fiestas de la Magdalena, que las celebrábamos en el restaurante Panier... Todo era muy agradable."

Y dejamos para el final la obra *Planicio* de José Luis Olaizola, novela ubicada en el San Sebastián de los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil, donde los protagonistas, Pachi y su hijo Planicio, viven estrecheces económicas. Planicio pasa hambre de continuo y solo sueña con hacerse con una buena provisión de galletas para momentos de extrema necesidad.

"Aita, cuando cobremos tenemos que comprar comida y tener en casa.

Él quería decir tener en casa alguna clase de comida cuando se le producían esas hambres terribles. Por ejemplo, **le habían dicho que en Rentería había una fábrica de galletas que vendía las rotas y malformadas –pero que sabían lo mismo- a peseta el kilo;** debían comprar cinco kilos, meterlas en una caja de hojalata para que no se ablandaran, y usarlas solo en caso de necesidad. (...) No dudaba de que una dieta de galletas, manzanas y agua se podía resistir bastante. (...) De momento, lo más práctico era comprar los cinco kilos de galletas en la fábrica de Rentería. Aita estaba de acuerdo, pero nunca lo hacían porque el asunto del dinero era muy confuso. (...)



- Pero ¿a ti quién te ha dicho que venden el kilo de galletas a peseta?

Se lo había dicho la Francisca, la portera, que de joven trabajó en aquella fábrica y la conocía muy bien

- ¿Y te vas a fiar de lo que dice esa sinsorga?

Planicio le insistía que sí, que se fiaba, y le recordaba que Francisca trabajó de joven en la fábrica. Entonces el padre le interrumpía sarcástico:

- Entonces sería en el siglo pasado. Y desde entonces han cambiado mucho las cosas.

Como este tipo de bromas no las entendía el chico, le daba otros argumentos.

- Además, te vas a gastar en el tranvía más de lo que cuestan las galletas.

De todos modos Planicio no desistía de la idea de informarse muy bien de dónde estaba la fábrica, y aunque fuera andando –Rentería estaría a unos siete kilómetros de San Sebastián-, ir a proveerse”.

El deseo de Planicio no se podrá realizar hasta que él mismo gana unas monedas como recogepelotas en unos partidos de tenis: “pensó que quizá hubiera llegado el momento de cumplir su viejo sueño de tener en el sobreático una provisión de emergencia, por ejemplo, de **galletas rotas**, que decía Francisca **que vendían en Rentería tan baratas**, metidas en una caja de lata para que no se ablandaran con la humedad”.

Acabamos de citar el episodio de una posguerra en la que un niño sueña con galletas, mención que recoge Aguirre Sorondo como vivencia personal: “Hasta su cierre en los años sesenta, la visita a **La Olibet** era un plan típico de veraneantes, mientras que **los niños siempre que teníamos algo de dinero nos acercábamos a por galletas rotas y recortes.**” O el testimonio de Joxe Maria Zuloaga, vecino de Errenteria: “... hau, hau kontatuko dut, hau politta da oso. Juaten giñan, ‘Galletas Olibet’? Eta ‘**Galletas Olibet’ek eitten zun, galletak in, eta papurrak, eta galleta puskak-eta, kaja batian**

hartu eta kanpora bota; zelaira. Pareta bazuten, ate ttiki bat erekitzen zuten, eta uain “rascacielos” dauden toki hortan, joaten zian eta praaast! Han bota. Eta gu han zai eoten giñan. -Hartzeko...-**Eta galletak hartzen genitun, eta galletak jaten genitun. Galleta puskak.** Eta nik uste dut pixka bat egiten zutela guei launtzeko; nik txoriyai botzen yoten gisa. Hori’re goatzen naiz, ta askotan joan izandu giñan...”.

Y finaliza aquí este recorrido en el cual hemos seguido el aroma de las galletas Olibet a través de diferentes autores y textos, aunque a decir verdad, aún hoy, literariamente o no, su rastro aún lleva a muchos de aquellos que las saborearon a la evocación de un tiempo y a un sinfín de recuerdos, y es que aquella galleta Olibet, ¡lo dice todo!